

MASONERÍA RECTIFICADA

¿Masones y Cristianos?

IIª Parte

Mi anterior charla con este mismo título pronunciada en Oviedo el pasado mes de mayo, resultaba necesariamente sobrecargada con fechas, nombres, datos imprescindibles para poder dotar a mi exposición del rigor necesario en sus aspectos formales.

Sin embargo, me quedé con la sensación de no haber tenido tiempo de tratar otros aspectos que no requieren tanto rigor histórico pero que al fin y al cabo nos son mucho más próximos, puesto que tocan el día a día de todos nosotros. La masonería no es solamente un montón de datos históricos, fechas, nombres y efemérides, con regusto un tanto trasnochado. En palabras de Joseph de Maître: “la verdadera Masonería es la *Ciencia del Hombre* por excelencia”. Más adelante volveremos sobre esto.

Pero, ¿por qué la división existente en la Masonería?, ¿qué efectos prácticos y tangibles tiene, o puede tener –la Masonería– en el hombre y en la sociedad? ¿Sirve realmente para algo o es simplemente un *divertimento* con el que se distraen un puñado de desocupados? ¿puede constituir un peligro para las sociedades?, o ¿acaso puede constituirlo para el individuo?

Es a este otro nivel que quisiera llevar mi charla de hoy, alejándola de aspectos históricos plagados de fechas y datos siempre difíciles de retener en una exposición oral, aunque manteniendo la rigurosidad histórica que el tema requiere para evitar caer en la vulgarización.

En mi conferencia de Oviedo, traté de la distinción entre distintas masonerías: las de tendencia deísta frente a las de tendencia liberal.

Traté de los orígenes históricos de la Masonería, evidentemente cristianos, como demuestran los manuscritos por todos los masones reconocidos, algunos como la Carta de Boloña, fechada en 1248, hasta el más reciente, el Graham, fechado en 1726. Traté también de la hipótesis establecida por Eduardo R. Callaey, respecto a la influencia de la Orden benedictina sobre el oficio de construir, ya en el siglo VIII, en pleno medievo por el monje e historiador Beda, llamado también el *venerable*, en torno al templo de Salomón. Trate como consecuencia, del paso de la masonería operativa a la especulativa.

Traté de la pugna entre dos casas reales en Inglaterra: la de los Hannover y la de los Estuardo; protestantes unos y católicos los otros, la posterior derrota de estos últimos y su obligado exilio a Francia que dio lugar al nacimiento de lo que conocemos como “masonería escocesa”, en Francia y en la Europa continental.

Vayamos pues a tratar aspectos concretos que quizá pudieron quedar diluidos en mi anterior charla entre la maraña de datos y fechas, intentado de llevar el asunto a un terreno más llano y comprensible para todos, partiendo sin embargo de lo expuesto y lo dicho en el pasado mes de mayo.

Empecemos por la división existente entre los masones, división más sentida entre nosotros –los masones-, que por los no masones, que nos ven más como un conglomerado homogéneo.

¿Por qué la división existente en la Masonería? En mi anterior charla hablaba, por simplificar, de dos grandes tendencias dentro de la masonería: la deísta y la liberal, cada una a su vez dividida con distintas tonalidades dentro de cada tendencia. Esta división se produce por razón que la finalidad, el objeto, que cada una de las tendencias atribuye a la Masonería, aún persiguiendo los mismos objetivos, los medios que una y otra propugnan para alcanzarlos, no son los mismos.

Esto que es una realidad hoy en día, y continúa siendo objeto de debate, lo era también en el siglo XVIII, cuando los masones se cuestionaban y debatían su razón de ser y existir, su vigencia en su tiempo y su vigencia en el futuro.

No hay que olvidar, que el sistema masónico al que pertenezco: el Régimen Escocés Rectificado, nació precisamente en el siglo XVIII como fruto de una reforma, posterior a un intenso debate y a un congreso –o Convento, como decimos los Masones– denominado Convento de Wilhemsbad, celebrado en la ciudad alemana de este mismo nombre, cerca de Anau, entre agosto y septiembre de 1782.

No deberían andar muy de acuerdo nuestros Hermanos del siglo XVIII, ni el panorama que ofrecía la masonería de la época debería convencerles mucho, cuando fue necesario convocar un Convento general para sentarse y hablar de la situación. Curiosamente, aquello que les preocupaba no dista mucho de las preocupaciones actuales de los masones. Parece como si el tiempo no hubiera pasado, pues las preocupaciones de entonces continúan en muchos casos vigentes ahora. Quizá sea por aquello, que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra.

Los masones del siglo XVIII –especulativos, todos ellos, pues hacía tiempo que se había dejado de construir– se planteaban distintas preguntas: ¿qué hemos sido? ¿qué somos? ¿tenemos maestros? ¿debemos subsistir?, y si es así, ¿bajo qué forma? ¿existen Superiores desconocidos? ¿qué relación tenemos con los Templarios? Podemos observar, que estas preguntas no se alejan mucho de las preguntas existenciales del hombre ¿qué soy? ¿de dónde vengo?, y ¿a dónde voy?. Curioso, cuando menos.

Recogiendo este sentir, un noble alemán, el príncipe Ferdinand de Brunswick y Lunnebourg, *eques a Victoria*, hasta entonces Gran Maestro del sistema conocido como Estricta Observancia Templaria, dirigió una circular a las principales personalidades masónicas de la época, así como a las logias y capítulos extendidos por toda Alemania y Francia, con las cuestiones antes citadas.

Entre las respuestas obtenidas, figura la de Joseph de Maître, quien las envió a título particular y de la que –por los avatares del destino– no se sabe a ciencia cierta si nunca llegó a manos de su destinatario. Sin embargo, Emile Dermengherm, las publicó en 1922 bajo el título: “La Francmasonería, Memorando dirigido al Duque de Brunswick, con ocasión del Convento de Wilhemsbad” y que en el año 2001 publicó en nuestro país una editorial sevillana¹.

¹ LA FRANCMASONERÍA, Memoria dirigida por Joseph de Maître al Duque de Brunswick. Con introducción de Emile Dermengherm. Marsay Ediciones, S.L. Sevilla-2001.

En este Memorando, Joseph de Maître, establecía en respuesta a ¿qué es la Masonería?, que “la verdadera Masonería es la *Ciencia del Hombre* por excelencia”.

Joseph de Maître (Chambery, 1 de abril de 1753 – Turín, 26 de febrero de 1821), era un teórico político y filósofo saboyano, que estuvo profundamente influido por el pensamiento de Jacob Böhme, Louis-Claude de Saint-Martin y Emmanuel Swedenborg, se alzó contra la que consideraba “*teofobia del pensamiento moderno*”, que se había desprovisto de toda referencia a la Providencia divina como elemento explicativo de los fenómenos de la naturaleza y la sociedad. Masón y Gran Profeso, escribió *Consideraciones sobre Francia* (1797), *Plan para un nuevo equilibrio de Europa* (1798), y *Las Veladas de San Petersburgo* (1821).

Cuando Maître dice que “la verdadera Masonería es la *Ciencia del Hombre* por excelencia”, se refiere a la ciencia, no como la entendemos hoy en día, basada en el razonamiento cuantificable y comprobable, exento de toda noción trascendente. En el siglo XVIII, todavía para algunos, la noción de Ciencia lo abarcaba completamente todo, y en consecuencia contemplaba al hombre desde un punto de vista ontológico que abarcaba: cuerpo, alma y espíritu, de ahí su referencia a que la verdadera Masonería ha de ser la Ciencia del Hombre.

Esta es la clave para entender la división entre las dos grandes tendencias de la Masonería: la deísta, que engloba teóricamente –y digo teóricamente porque en nuestro mundo ya nada es lo que parece ser o dice que es-, a los masones creyentes; frente a la liberal, con una concepción totalmente distinta del hombre, en la que queda excluida toda posibilidad trascendente.

Para la Masonería deísta, en teoría, con la exigencia de creer en un Dios revelado, y digo en teoría por que la gama de matices puede llegar hasta el agnosticismo, la francmasonería constituye una vía iniciática la cual ha de permitir al hombre su reencuentro con Dios.

Es preciso clarificar aquí, que la francmasonería no constituye un sustitutivo de la práctica religiosa ni de la vía sacramental, punto éste de inflexión, en el desencuentro de las relaciones existentes entre la Iglesia católica romana y la Masonería en general. Me explicaré.

Para el cristiano, la única vía para llegar al Padre es por el Hijo, que es la puerta para llegar a éste feliz término, y ello se consigue mediante los sacramentos, administrados solamente por el cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia. La salvación, para los masones cristianos, sólo la procuran los sacramentos, no la francmasonería. Sin embargo, la francmasonería, y particularmente la iniciación masónica, constituye un poderoso instrumento, una poderosa herramienta, una portentosa ayuda para aquellos que desean penetrar en la inteligencia de todas estas cosas.

No obstante, ello no quiere decir que todos los cristianos necesiten de la iniciación masónica para hacer el recorrido que pasando por el Hijo los ha de llevar al Padre. A ellos les basta con la fe, y ello no quiere decir que los masones cristianos no tengan fe, solo que con la fe sola no les basta para poder penetrar –como antes decía- en la inteligencia de todas estas cosas.

Los ritos iniciáticos prometen y significan –nos muestran- el camino de la salvación, pero solamente los sacramentos proporcionan el acceso a la misma.

La Masonería no es una religión en sí misma, pero para alcanzar los fines que en general ella persigue: es decir, hacer al hombre bueno, guiándolo por el camino de la virtud, no le basta con seguir los caminos de la moral y ética liberales, necesita del soporte ético y moral que solo da la religión, y en el caso que nos ocupa, y que me honro en presentar: el Régimen Escocés Rectificado, practicado en el seno del Gran Priorato de Hispania, concretamente es la religión cristiana.

Estamos tocando un punto muy interesante: los masones en general -y aquí lo digo al margen de cualquier adscripción- los masones en general persiguen el bien del hombre y de la humanidad en general. El problema es la manera en que pretenden hacerlo.

La línea liberal, dice perseguir al igual que la otra el bien del hombre y de la humanidad, y para lograrlo, proclama una ética y una moral basada en la naturaleza humana, a la que niega todo origen trascendente, basada en la teoría de la evolución darwiniana, aceptando inclusive como máximo exponente de la libertad humana, que el hombre se libere de Dios y de cualquier tipo de religión, imagen de lo caduco y anticuado.

Esta línea de pensamiento es la que propugna el estado laico y que los criterios morales y políticos sean racionales y accesibles a todos, explicables en definitiva a la luz de la razón.

Sin embargo, a pesar de la Revolución francesa, a pesar de todos los intentos por demostrar que la religiosidad es un fenómeno arcaico y pasado de moda, por mucho que el estado español y el resto de estados europeos se manifiesten laicos, y que los criterios morales y políticos hayan de ser racionales, accesibles a todo el mundo, explicables a la luz de la razón, el sueño laicista no se ha cumplido, no nos engañemos; ni la religión ha quedado relegada a una “cuestión privada” ni la razón ha sido capaz de organizar el mundo, y esto lo podemos constatar cada día.

Esta línea de pensamiento que tomó forma a partir de la Revolución francesa, en el siglo XVIII, empezó a gestarse tímidamente con el humanismo, movimiento intelectual, filológico y artístico europeo, ligado estrechamente al Renacimiento, surgido en la península Itálica en el siglo XIV. Este movimiento se basaba en el antropocentrismo o consideración de que todo gira en torno al hombre, frente al geocentrismo medieval. Ya no se desprecia ni la fama de este mundo ni el dinero, ni el goce epicúreo de los sentidos. El comercio deja de ser pecado y el Calvinismo glorifica el dinero como señal de que Dios ha bendecido en la tierra al que trabaja. La fe se desplaza de Dios al hombre. En definitiva, el modelo sustentado hasta entonces en la Europa del medioevo basado en el ordenamiento benedictino del “ora et labora” es sustituido por las nuevas tendencias, mucho más cómodas, del movimiento renacentista, alejando en consecuencia al hombre de Dios, que hasta entonces presidía en teoría todos sus actos y daba sentido a su existencia.

Aquellos polvos, trajeron estos lodos: fueron los que dieron lugar después y permitieron a la larga la Revolución francesa, y han permitido recientemente en aras de esta manera

de entender la libertad del hombre, que la Constitución europea olvide y omita los orígenes cristianos de Europa que conformó el imperio Carolingio y la Regla de San Benito basada en el “ora et labora” que estructuró a los distintos pueblos que la componían y dio lugar históricamente a lo que actualmente conocemos como Europa.

A este proceso paulatino del abandono de Dios y de toda noción trascendente por parte del hombre, no fue ajena la Masonería, y en el siglo XVIII, cuando se estaba estructurando lo que hoy conocemos como masonería especulativa, ya nació infiltrada con todos estos aires aparentemente renovadores y de modernidad.

Estas son en síntesis las razones de la división de la masonería.

Nadie niega a la tendencia liberal de la masonería la mejor de las buenas intenciones. Nadie niega que quiera para el hombre y la humanidad lo mejor de lo mejor, pero quitándole al hombre su parte trascendente, deja a un hombre disminuido, que incapaz de elevarse por encima de sus necesidades contingentes, no consigue engrandecerse y alcanzar más grandes miras.

No es a este hombre a quien se refiere Joseph de Maître, cuando tratando de definir el objeto de la Masonería, dice que “la verdadera Masonería es la Ciencia del hombre”. El hombre de Joseph de Maître es total, no está excluido de nada ni le falta nada, y trata de continuar viviendo y existiendo orientado hacia Dios.

Y volvemos aquí al Convento de Wilhemsbad, cuando en el último cuarto del siglo XVIII, los masones se reunieron para debatir sobre la masonería que tenían entre manos. Se cuestionaban sobre su objeto y razón de ser de una masonería que aparecía ya entonces sacudida por los vientos que acabamos de exponer; preocupación que afectaba a los masones de entonces y que continúa afectando a los masones de ahora.

Y entonces surgió un masón de dimensión excepcional, Jean-Baptiste Willermoz, quien junto a un puñado de masones franceses de Lyon y Estrasburgo, llevaba años observando la masonería de su tiempo y que al no gustarle lo que veía, decidió emplearse a fondo en la reforma de la masonería, tratando de llevarla a lo que consideraba fueron sus orígenes primeros. Así nació la Masonería Rectificada o el Régimen Escocés Rectificado.

Durante el transcurso del Convento, y en distintas intervenciones, él y los suyos se dedicaron a exponer y plantear las reflexiones a todos los asistentes que tenían que posibilitar el éxito del proyecto. Y lo lograron, pero con un éxito de duración muy corta. La tendencia de la masonería liberal que empezaba a manifestarse en Wilhemsbad, salió derrotada del Convento, pero sin embargo triunfó pocos años después con la Revolución francesa y sus consecuencias.

Pero volvamos a la Masonería Rectificada, y ahora voy a efectuar una afirmación rotunda y contundente: la Masonería Rectificada, el Régimen Escocés Rectificado, no es comparable con ningún otro de los sistemas masónicos actualmente conocidos, ni incluso con aquellos que aún hoy han conservado los orígenes cristianos de la masonería.

Y, ¿qué es lo que lo hace diferente de los demás?, dos cosas:

1. la metodología iniciática desarrollada progresivamente a lo largo de todos sus grados, repartidos entre tres Clases,
2. su adscripción absoluta y total a la Tradición cristiana indivisible fundamentada en la fe en la Santísima Trinidad, nutrida por las enseñanzas de los Padres de la Iglesia.

La Tradición cristiana es la base sobre la que se sustenta el Régimen Escocés Rectificado, si intentamos quitarle este componente cristiano su metodología iniciática queda sin efectos y tendremos un rito masónico más entre tantos otros.

De hecho el Rito Escocés Rectificado se practica en distintas Obediencias y en todas ellas lo han despojado totalmente o tratan de despojarlo de su esencia cristiana, habiendo perdido en consecuencia el carácter a que me refería. El Régimen Escocés Rectificado, sin el cristianismo, ya no responde a “la Ciencia del Hombre” evocada por Joseph de Maître; deja de contemplar al hombre en su totalidad ontológica y deja de servir para lo que fue creado.

Este intento por descristianizar también (digo también, porque los distintos ritos masónicos sin exclusión, han sufrido esta misma descristianización desde el siglo XVIII), este intento por descristianizar, repito, el Régimen Escocés Rectificado continúa siendo vigente. Este mismo fin de semana pasado, se reunieron varios Grandes Prioratos Rectificados franceses (es decir que practican el R.E.R.) para intentar lograr que el Gran Priorato de las Galias (Obediencia francesa depositaria de la Tradición Rectificada) dejara de exigir la condición de cristiano a todo aquel que quiera afiliarse o iniciarse en el Régimen Escocés Rectificado. Evidentemente que el Gran Priorato de las Galias se ha negado a ello, pero es un intento más por vulgarizar -y por ende eliminar- una de las pocas vías iniciáticas que le quedan al mundo occidental de tradición judeocristiana.

Porque es preciso decirlo: el Régimen Escocés Rectificado es una vía iniciática; afirmación ésta que hacen suya la mayoría de Obediencias masónicas aunque atribuyéndole dimensiones y magnitud absolutamente distintas.

La iniciación, el fenómeno iniciático es la transmisión de una influencia espiritual que solo puede ser dada en unas determinadas condiciones.

Parte de estas condiciones son las formas, pero este paso por las formas es y debe ser sólo eso: un paso, que desemboca en un más allá de las formas. El cumplimiento de las formas se ultima con su abolición. Se alcanza por la idea de sacrificio: abandono, muerte de los condicionantes y acceso a lo sagrado. Lo que se transmite no es un saber, es decir, una suma fija y circunscrita de conocimientos objetivos, es un conocer y un “saber conocer”: un método (por medio de un corpus de formas al que me refería) para llegar al conocimiento justo y verdadero, al conocimiento según la justicia (y de la justeza: la de la relaciones exactas y precisas) y según la verdad (es decir plena). En una palabra, es una gnosis.

Y para conseguir realizar la Iniciación tal como la he explicado, es preciso un esfuerzo, un trabajo por parte del implicado; un trabajo al que denominamos el Trabajo masónico,

que nada tiene que ver con la noción de trabajo con la que nos ganamos el pan de cada día, aunque para el Trabajo masónico utilicemos la inteligencia como herramienta. En el mundo occidental, las iniciaciones acostumbran a ir vinculadas a la práctica de un oficio y su desarrollo, y en el caso de los masones operativos, se llevaba a cabo en paralelo a la aplicación de las técnicas propias de la construcción, pero el conocimiento transmitido era la influencia espiritual que antes mencionaba. Las técnicas propias de la construcción eran las formas, y en este caso, la parte exotérica, la parte física que les daba soporte; la influencia espiritual, constituía la parte esotérica del todo transmitido.

Nada que ver pues, la Iniciación de la que acabo de hablarles con la iniciación como se entiende en el resto de Obediencias masónicas, que llega a lo sumo a contemplarse como una introspección de tipo psicológico que limitaría su alcance simplemente a nivel de la mente humana.

El mismo cristianismo en sus orígenes constituía una Iniciación, pero se vio obligado a retraerse cuando Constantino el Grande la tomó como religión de estado, pasando a considerarla como resorte político y obligando a las gentes a hacerse cristianos, viéndose obligados estos a admitir a cualquiera que se presentaba. Fue entonces cuando comenzaron las herejías, las incertezas y las doctrinas opuestas.

La Iniciación, hace entrar al "profano" en un dominio sagrado. Por ello, todo lo que se dice y todo lo que se hace, debe, necesariamente, por una parte obedecer a las reglas de la ciencia simbólica - ya que el simbolismo es el lenguaje natural de lo sagrado - y por otra parte, desarrollarse bajo las formas inmutables de un ritual - ya que la acción sagrada es también por naturaleza ritual. La misma iniciación masónica, es una ceremonia que comporta las características que acabo de decir, y no una vana formalidad de admisión.

La Iniciación, es un acto de clemencia del Creador hacia su criatura, quien en este mundo de tinieblas al que le ha tocado vivir a causa de la Caída del primer hombre y sus consecuencias funestas para todos sus descendientes, ha perdido los canales a través de los cuales podía participar del pensamiento divino. Con los canales rotos a causa de la Caída, sólo le queda la Iniciación y los penosos trabajos que ella comporta, para poder vislumbrar el conocimiento de Dios por otra vía que no sea solamente la fe del creyente.

Volvamos a las preguntas que nos planteábamos al comienzo de nuestra exposición. ¿Qué efectos prácticos y tangibles tiene, o puede tener -la Masonería- en el hombre y en la sociedad? ¿Sirve realmente para algo o es simplemente un *divertimento* con el que se distraen un puñado de desocupados?

Evidentemente la Iniciación masónica, tal como acaba de ser explicada, ha de tener y tiene un poder transformador en el hombre. La convicción puramente humana es débil.

Los mismos relatos bíblicos nos cuentan como ya desde el mismo principio, cuando la humanidad no disponía aún de las Tablas de la Ley, mientras Moisés ascendía al monte Sinaí en busca de ellas, el pueblo volvía a sus antiguos dioses y erigía un becerro de oro para adorarle. Moisés, a su vuelta cargado con la Ley recibida de Dios y ver el festival que su pueblo se había montado, pleno de ira, rompió las Tablas de la Ley, y se volvió apesadumbrado de nuevo ante la zarza ardiente y Dios le entregó otras Tablas. Los diez mandamientos que conocemos, no sabremos nunca si es la misma Ley que figuraba en

las primeras, la que conocemos es la segunda dada después de esa prevaricación colectiva del pueblo de Israel.

Pues bien, de un modo u otro, la humanidad a lo largo de su historia no ha dejado de adorar al becerro de oro, a lo material.

La avaricia se ha convertido desde tiempo inmemorial en el patrón que regula las relaciones entre los seres humanos. Los distintos sistemas económicos que hasta hoy la humanidad ha conocido, siempre se ha regido por el patrón del dinero, creando desequilibrios para que unos pocos puedan vivir lujosamente a costa de la miseria de la mayoría.

La injusticia se ha convertido en el patrón regulador de nuestras relaciones. Las desigualdades producidas por la injusticia, desencadenan las pasiones y la guerra. Y si no, pues simplemente se propicia la guerra, ya que después de la desbastación hay que reconstruirlo todo, y los obreros que no hayan perecido en la batalla tendrán trabajo en la construcción y encima tendrán que estar agradecidos.

Con el tiempo, hemos logrado gracias a haber “decapitado” de algún modo al ser humano, quitándole toda esperanza de cualquier tipo de trascendencia, convertirlo en un miserable preocupado en atesorar todo aquello que posiblemente no necesita, y en esclavo de sus propias necesidades en la mayoría de veces creadas de manera externa o nacidas de sus propios vicios.

Puedo asegurarles que sé de lo que hablo. Profesionalmente, soy técnico publicitario y durante años he trabajado en el ámbito del mundo de la comunicación y la publicidad. Se como crear necesidades o aprovechar las debilidades e insatisfacciones de la gente para crearlas.

Los políticos, que han convertido lo que tendría que ser el servicio a la sociedad en su oficio; más atentos a la opinión del electorado –por degenerada que esta sea- que debe volver a votarlos, han renunciado a su labor de dirigentes e inspiradores de los pueblos en aras de la libertad, sea ésta de expresión, de opinión o de cualquier otro tipo de libertad, los políticos, digo, no se sabe muy bien a quien están sirviendo, pero a todas luces queda claro que no siempre es a favor del que más lo necesita.

Por su parte, los gobiernos de los países han perdido la capacidad de decisión y con ello la capacidad de gobernar, la han cedido a favor del libre mercado, y hoy quien gobierna el mundo y puede poner en jaque al gobierno de un país o al de varios países son las grandes corporaciones económicas. Desde un despacho de Tokio, se va a decidir cuantos obreros españoles del sector de automoción se van a quedar sin trabajo, por que producir en Europa ha dejado de serles rentable y han decidido trasladar sus factorías al norte de África, y cuando dentro de unos años los obreros tengan suficiente dinero para comprar los coches que ellos mismos fabrican, desde Tokio decidirán abaratar la producción trasladándola a la India o cualquier otro país con mano de obra barata.

El pasado mes de noviembre se inauguró en la sede de la O.N.U. en Ginebra, la cúpula pintada por el artista mallorquín Miquel Barceló para la sala de los Derechos Humanos. En la obra se han gastado 20 millones de euros. ¿Acaso no está la humanidad necesitada, acaso no están los derechos del hombre conculcados en el mundo, para

haber dado mejor destino a este dinero? Guardo la imagen en la retina de nuestros dirigentes extasiados mirando la cúpula y viendo la gran gama de colorines que dan 20 millones de euros.

Resulta claro que los principios por los que se regula el ser humano no están funcionando. Las leyes que hasta hoy el hombre ha sabido crear son incapaces de regular los desequilibrios de nuestra sociedad. No hemos conseguido terminar con las desigualdades, antes al contrario, si vamos, vamos a más. El hombre dice preocuparle la felicidad del hombre, pero sus hechos son contrarios a sus palabras. El hombre condena la guerra pero no deja de fomentarla. El hombre condena la pobreza, pero por otro lado fomenta las desigualdades que la crean, y no olvidemos que la peor de las pobreza es la pobreza moral y espiritual.

En estos días estamos siendo testimonios de los graves disturbios que se están produciendo en Grecia, a causa –dicen- de la muerte de un estudiante por el disparo de un policía. Un articulista de un diario de Barcelona se sorprendía hoy por la inusitada violencia desatada por la lamentable muerte, pero que no era justificada ni proporcional para que la gente entrara en los comercios para saquearlos y quemara todo cuanto encontraba a su paso, y se preguntaba sobre los motivos reales de la ira que estaba aflorando. Poco más o menos, lo mismo debieron preguntarse los periodistas que presenciaron la revuelta estudiantil del mayo del 68 en París.

La juventud se revuelve y nos preguntamos por qué. Tienen mucho más de lo que tuvimos nosotros, mucho más de lo que tuvieron nuestros padres y se muestran insatisfechos. ¿No será, que desde hace años, nos estamos preocupando solamente de su bienestar material olvidando cualquier otro aspecto? La ambición por lo material en el ser humano no tiene medida. Las sociedades de los países nórdicos, con la renta per capita más elevada de Europa y la mayor cobertura social del mundo, son también los que registran mayores índices de suicidios. Sin caer en el tópico de que el dinero no da la felicidad, que no vale para aquellos que sufren hambre y necesidad ¿acaso no les falta algo más a aquellos, que aparentemente teniéndolo todo, continúan sintiéndose insatisfechos? ¿No les faltará comer del pan y beber del agua que sacia eternamente?

Resulta evidente que el ser humano necesita una transformación, pero una transformación que abarque todo su ser, por que, si realmente queremos erradicar la violencia, antes debemos erradicarla del corazón humano. Si queremos combatir la injusticia, antes deberemos conseguir que el hombre restituya las relaciones de justicia y justeza, consigo mismo, con Dios y con el Universo. Si queremos combatir la miseria, antes debemos conseguir que el hombre deje de ser un miserable, y reconozca su grandioso origen y todas las vicisitudes que lo han convertido en los que es para que decida abandonarlas.

Para esto es para lo que sirve la Iniciación masónica Rectificada, para provocar una revolución en el interior del ser humano, una revolución que le lleve a tomar conciencia de lo que era cuando podía contemplar a Dios cara a cara y en lo que se ha convertido al perder su presencia. Para que aprenda a utilizar su libre albedrío y renuncie a lo que le achica por aquello que lo engrandece.

Quizá los planteamientos que estoy utilizando parezcan demasiado simplistas, pero consideren que todas las grandes cosas son sencillas, aunque la enrevesada mente humana necesite retorcerlas, la mayoría de veces para justificarse a sí misma.

Evidentemente que la Iniciación Masónica produce efectos y resultados en cada uno de nosotros. Yo les digo a los que vienen a nuestra Obediencia, que si al cabo de unos años de estar, trabajando realmente el proceso iniciático, continúan siendo iguales que cuando llegaron, más les vale irse a su casa y dejar de perder el tiempo por que no están haciendo aquello que deberían hacer o la iniciación no es para ellos.

Así, el hombre que ha conocido los beneficios de la Iniciación, transmitirá a la sociedad y al mundo el producto de su trabajo en pos de la virtud, y el fruto de sus pasiones ordenadas. Restableciendo sus relaciones de justicia con el Creador, las restablecerá con sus semejantes, descubriendo las relaciones de armonía con el Universo las encontrara con el resto del mundo.

Aquí toman pleno sentido las palabras de Joseph de Maître: “la verdadera Masonería es la *Ciencia del hombre* por excelencia” porque está concebida y dedicada al hombre. Como consecuencia, también queda de manifiesto la incapacidad para procurar tal cosa una concepción de la Masonería que no se base en estos principios, una concepción de la masonería que contemple a un hombre disminuido, a un hombre carente de toda trascendencia.

Recuerdo un viejo reloj de sol puesto en la tapia de una iglesia de un pueblecito del pirineo catalán, con una inscripción que dice: “jo sense sol i tu sense Deu, no som rés”, que traducido dice: “yo sin sol y tu sin Dios, no somos nada”

La Masonería que prescinde abiertamente de Dios ¿qué tipo de iniciación puede ofrecer al hombre? ¿una iniciación de oficio? ¿qué le comunicará con la iniciación? ¿unas simples técnicas de construcción?. Por muy buenas y loables que sean sus intenciones y propósitos para con el hombre y la humanidad ¿cómo lo logrará si solo contempla al hombre en parte, no reconociéndolo en su realidad ontológica?

No me atreveré a tildar a una masonería así como peligrosa, por que me consta que no lo és, pero no creo que pueda ir mucho más allá del divertimento social que representa el placer epicúreo de compartir amistades, a las que les damos el título de Hermanos, y para este viaje no hacen falta alforjas, se pueden plantear muchos pues para eso ya están las sociedades gastronómicas o las cofradías de moros y cristianos con unos disfraces muy convincentes.

Y llegados aquí, quisiera dejar tiempo para un coloquio tan amplio como ustedes deseen.

Ramón Martí Blanco
Gran Maestro del
GRAN PRIORATO DE HISPANIA

Gijón, 10 de diciembre de 2008